

do las sienes y oprimiendo el cerebro del pobre Toby.

Este llevóse las manos á la aturdida cabeza, apretándosela como para impedir que estallase. Acción muy oportuna, pues gracias á ella se halló con la carta del Alderman entre los dedos, y acordándose de su encargo, emprendió maquinalmente la marcha con su trote habitual.



CAPÍTULO II

SEGUNDO CUARTO DE HORA

LA carta que el Alderman Cute había entregado á Trotty iba dirigida á un gran personaje que vivía en el gran barrio de la ciudad, el barrio mayor, tan grande, que á causa de ello sus moradores le donominaban generalmente con el nombre de *el mundo*.

Y á la verdad, esta carta parecía también pesarle á Toby más que todas las cartas que hubiese llevado en su vida. No porque el Alderman la hubiese sellado con un gran escudo de armas y una inmensa costra de lacre, sino por la suma importancia del nombre que había escrito en la dirección, y por la enorme cantidad de oro y plata á que este nombre iba asociado.

—¡Qué diferencia entre ellos y nosotros!—pensó Toby con toda la sencillez y buena fe de su alma, fijándose en la dirección.—Dividid el número de tortugas vivas según las tablas de mortalidad por el número de gentes acomodadas que están en condiciones de poder comprarlas; apuesto á que cada uno de ellos no puede tomar más que su parte. ¡En cuanto á quitar unos callos de la boca de otro... no vale la pena!

Y como efecto del homenaje tributado á persona tan eminente, Toby interpuso una punta de su delantal entre la carta y sus dedos.

—¡Sus hijas!—continuó, mientras asomaba una lágrima á sus ojos.—¡Sus hijas! Elegantes señoritos pueden cautivarles el corazón y casarse con ellas; pueden llegar á ser esposas felices y madres; pueden ser hermosas como mi adorada M...e...

No pudo concluir su nombre. La letra final se hinchó en su garganta, hasta adquirir las dimensiones de todo el alfabeto.

—No importa—pensó Trotty—sé lo que quiero decir, y esto me basta.

Y reanimado por esta reflexión consoladora, continuó trotando.

Hacía un frío penetrante; pero el aire era tónico, terso y claro. El sol de invierno era demasiado débil para infundir calor, pero desde lo alto del cielo miraba radiante el hielo que no había tenido fuerza para derretir, coloreándolo gloriosamente. En otros tiempos, Trotty hubiese encontrado en este sol de invierno un ejemplo de resignación para los pobres; pero ahora sus pensamientos eran harto distintos.

Era el último día del año. El año llegaba á su término después de haber hecho pacientemente su carrera en medio de los reproches injustos de sus detractores y concluyendo siempre por llevar á cabo su tarea. Primavera, verano, otoño, invierno; había recorrido laboriosamente su círculo predestinado y ahora doblaba la cabeza fatigada esperando la muerte. Ya no sentía para sí ninguna esperanza, ningún impulso noble, ningún deseo de hacer algo; pero creyéndose mensajero de goces y alegrías para los demás pedía en sus postimerías que se recordasen sus días de trabajo, sus horas de sufrimiento y que lo dejasen morir en paz. También en este año moribundo hubiese podido leer Trotty la alegoría del pobre; pero

ahora sus pensamientos eran harto distintos.

¿Nadie más que él podía aplicarse semejantes comparaciones? ¿Este llamamiento del año moribundo á la caridad pública para que le dejaran morir en paz, [no ha sido jamás invocado por el obrero septuagenario—inglés como nosotros—é invocado en vano?

Las calles rebosaban animación, y las tiendas relucían alegremente, atestadas de objetos para la solemnísimá fiesta. El año nuevo, como heredero presunto del mundo entero, era esperado con enhorabuenas, regalos y diversiones. Todo eran libros y juguetes para el año nuevo, deslumbradoras joyas para el año nuevo, trajes para el año nuevo, planes de fortuna para el año nuevo, y en fin, toda clase de invenciones para festejarle y divertirle. Su existencia era detallada en una multitud de almanaques y carteras; la época de sus lunas, de sus astros, de sus mareas aparecían explicadas con la mayor exactitud; todas las vicisitudes de sus estaciones con sus días y noches estaban calculadas con tanta precisión que pudieran competir con las estadísticas hechas por Mister Filer, con sus casillas de hombres y mujeres.

¡El año nuevo, el año nuevo! ¡Por todas partes el año nuevo! Al año viejo ya solo se le consideraba como á un difunto, y sus objetos se vendían á bajo precio, como se venden á bordo de un buque los de un marinero caído en el mar. Sus modas eran ya del año pasado y se liquidaban con pérdida, sin esperar que hubiese dado el postrer suspiro. Sus tesoros no eran más que cieno, comparados con las riquezas de su sucesor que no había nacido todavía.

Trotty no se daba cuenta de que pudiese reclamar nada para sí ni al año nuevo ni al año viejo.

—¡Suprimidlos, suprimidlos! ¡Hechos y cifras, hechos y cifras! ¡Las buenas edades antiguas! ¡Las buenas edades antiguas! ¡Suprimidlos, suprimidlos!—Este era el ritmo que medía su trote, el cual rechazaba cualquier otro acompañamiento.

Mas por melancólico que fuese el sudicho trote, al fin le condujo al término de su viaje: la mansión de Sir José Bowley, miembro del parlamento.

Un conserje le abrió la puerta. ¡Qué portero! No tenía nada común con Toby. Era una cosa enteramente distinta. Entre él y Toby mediaba la misma

distancia que la que separa de una librea de etiqueta á la humilde placa de un mandadero.

El tal conserje hubo de tomar aliento antes de echarse á hablar; pues había abandonado su butaca con demasiada precipitación, sin tomarse siquiera el tiempo de reflexionar ó de componerse. ¡Imprudente! Cuando hubo recobrado el uso de la palabra, en lo cual invirtió todavía algún tiempo, pues había descendido muy bajo sepultada bajo el peso de una copiosa comida, dijo con voz grasienta:

—¿De parte de quién?

Toby se lo dijo.

—Id vos mismo á entregarle la carta— continuó el conserje señalándole una sala al final de un largo pasadizo, que empezaba en el vestíbulo. Todo el mundo entra sin ceremonia en tan solemne día.—P'or cierto que habéis llegado á tiempo, pues el coche está esperando á la puerta, y mis amos vienen para pasar en la ciudad solo un par de horas.

Toby se secó los pies con gran cuidado, aunque ya estaban completamente secos, y avanzó por el pasadizo indicado, observando de paso el aspecto de la casa que era grandioso por más que todos los

muebles estaban ordenados y cubiertos como si la familia estuviese aun en el campo. Llegado á la puerta del salón, llamó; desde el interior le gritaron que entrase, hecho lo cual, se encontró en una espaciosa biblioteca. En ella, ante una mesa sembrada de papeles y legajos, aparecían sentados una majestuosa dama con el sombrero puesto y un caballero muy poco majestuoso, vestido de negro, que escribía bajo su dictado; en tanto otro personaje mucho más viejo, y más majestuoso, cuyo sombrero y bastón estaban sobre la mesa, se paseaba arriba y abajo, con una mano en el chalecho y dirigiendo de vez en cuando miradas de complacencia á su retrato de cuerpo entero, tamaño natural, suspendido sobre la chimenea.

—¿Qué es esto?—preguntó el último personaje.—Mister Fish ¿queréis tener la bondad de enteraros?

Mister Fish pidió mil perdones, y tomando la carta de las manos de Toby la presentó con gran respeto.

—Es del Alderman Cute, Sir José.

—¿Y nada más? ¿No traéis otro recado, mandadero?—preguntó Sir José.

Toby contestó negativamente.

—¿No tenéis ningún billete, ninguna

petición que debáis presentarme, sea de la clase que fuere y venga de donde viniere? Mi nombre es Bowley, Sir José Bowley. Si tenéis algún documento presentádmelo. Aquí está Mister Fish con el registro al lado. No quiero dejar un solo asunto pendiente para el año nuevo. En esta casa todas las cuentas se saldan al fin de cada año; de manera que si la muerte viniera á... á...

—Romper—apuntó Mister Fish.

—Cortar, señor mio—repuso Sir José con gran aspereza,—el curso de mi existencia, espero que se encontrarían todos mis asuntos en orden.

—¡Querido Sir José!—dijo la dama, que era mucho más joven que el gentilhomme.—¡Decís cosas horribles!

—Milady Bowley—repuso Sir José vacilando á cada palabra, como hombre que se perdía en la gran profundidad de sus observaciones,—en esta época del año debemos pensar en... en... nosotros mismos. Debemos examinar nuestras... nuestras cuentas. Hemos de reconocer que la vuelta periódica de una época tan importante en el curso de las transacciones humanas suscita las cuestiones más graves entre un hombre y... su banquero.

Sir José pronunció estas palabras penetrado de la moralidad de sus observaciones, y con el deseo de que Trotty sacara algún provecho de la lección. Y hasta es posible que este fuera su único objeto, pues no abrió inmediatamente la carta é hizo esperar a Trotty.

—Milady, dictabais á Mister Fish...—observó Sir José.

—Creo que Mister Fish ha terminado ya—dijo la dama echando una ojeada á la carta...—¡Pero, por mi alma! Sir José, no creo poder mandarla. ¡Resulta tan caro!

—¿Qué es lo que resulta tan caro?—preguntó Sir José.

—Esta obra de caridad, amor mío. Sólo se conceden dos votos por una suscripción de cinco libras esterlinas. ¡Es realmente monstruoso!

—Milady Bowley—repuso Sir José,—me llenáis de estupor. La satisfacción de hacer el bien ¿está acaso en proporción con el número de votos? Para una alma noble ¿no estará más bien en proporción con el número de necesitados á quienes se socorre? Además, ¿no es un estímulo de los más puros el verse con derecho á dos votos entre cincuenta personas?

—A mí no me lo parece, lo confieso —replicó la dama.—Y eso me fastidia. Por otra parte, así no hay manera de comprometer á los amigos y conocidos. Pero ya sé que sois el amigo de los pobres, Sir José. No pensamos del mismo modo.

—Sí, soy el amigo de los pobres—observó Sir José echando una ojeada al pobre presente.—Podrán combatirme por ello; no será la primera vez; pero esto no impedirá que siga honrándome con este título: no anhele otro.

—¡Dios te bendiga!—pensó Trotty.— ¡Qué alma tan noble!

—No soy del parecer de Cute, por ejemplo—continuó Sir José mostrando la carta. No estoy de acuerdo con Filer y su partido. No estoy de acuerdo con ningún partido. Mi amigo el pobre no tiene nada que ver con estas cosas, ni estas cosas tienen nada que ver con él. Entre yo y mi amigo no se ha de interponer ningún hombre ni ninguna corporación. No salgo de mi terreno, y asumo un... un carácter paternal respecto á mi amigo. Por esto le digo: «Buen compañero, quiero trataros paternalmente».

Toby escuchaba con mucha grave-

dad y empezaba á sentirse más aliviado.

—Vuestro único negocio—prosiguió Sir José mirando vagamente á Toby; vuestro único negocio en la vida es confiar en mí. No os véis obligados á pensar en nada: yo pensaré por vosotros. Sé lo que os conviene y soy vuestro padre perpetuo. ¡Tal es el orden establecido por la Providencia en su altísima sabiduría! No habéis sido creados para beber y emborracharos y entregaros á los goces brutales de la gula; (Toby se acordó con remordimientos de sus callos) sino para que sintáis toda la dignidad del trabajo. Id con la frente alta á respirar el aire puro de la madrugada, y... no paséis de aquí. Llevad una vida dura y frugal, sed respetuosos, practicad la abnegación, mantened á vuestra familia con economía, saldad el alquiler con la regularidad de un reloj, sed puntuales en vuestros pagos; (en mí tenéis un buen ejemplo; aquí está Mister Fish, mi secretario particular, con la caja siempre á punto) y tened la completa seguridad de que seré hasta el fin vuestro amigo y vuestro padre.

—¡Hijos encantadores por cierto, Sir José!—dijo la dama con un gesto de re-

pugnancia.—¡Llenos de reumatismos y de calenturas; patiuertos, asmáticos y plagados de toda clase de horrores!

—Milady—replicó Sir José con solemnidad,—á pesar de cuanto decís soy el amigo y el padre del pobre; y no dejaré nunca de infundirle buen ánimo. Cada trimestre se pondrá en comunicación con Mister Fish. Cada día de año nuevo yo en persona y mis amigos, brindaremos juntos á su salud. Una vez cada año yo en persona y mis amigos le dirigiremos palabras inspiradas en la más pura simpatía. Una vez en la vida podrá recibir públicamente, y en presencia de las clases superiores, una bagatela de manos de un amigo. Y cuando, no pudiendo ya ser sostenido por estos estimulantes y por la dignidad del trabajo descienda á la tumba decente que le habremos mandado preparar, entonces, Milady (aquí Sir José se interrumpió para sonarse) seguiré siendo un amigo y un padre... en los mismos términos... para sus hijos.

Toby estaba profundamente emocionado.

—¡Oh! Y tenéis una familia muy agradecida, Sir José—exclamó su esposa.

—Milady—dijo Sir José mayestáticamente,—ya es sabido que la ingratitud es el vicio de esta clase. No espero otra recompensa.

—¡Ah! ¡Hemos nacido malos!—pensó Toby.—No podemos enmendarnos.

—Hago cuanto puedo—prosiguió Sir José.—Cumpló mi deber de amigo y padre del pobre; y me esfuerzo en educar su inteligencia, inculcándole en todas ocasiones la única y grave lección de moral que esta clase necesita. La lección es esta: hay que tener una absoluta confianza en mí. Y ya nadie debe ocuparse de... de ellos. Si hombres perversos y mal intencionados les hablan de otra manera, tornándoles impacientes y descontentadizos, y ellos se hacen culpables de insubordinación y negra ingratitud, como pasa muchas veces, yo continúo siendo su amigo y su padre. Así está ordenado allá arriba. Está en la naturaleza de las cosas.

Hecha la exposición de sus magnánimos sentimientos, abrió la carta del Alderman y la leyó.

—Muy amable y atento ¡no hay que decirlo!—exclamó Sir José.—Milady, el Alderman tiene la bondad de recordarme que tuvo el insigne honor (es per-

sona bonísima), de encontrarme en casa del banquero Deedles y me hace el favor de preguntarme si me sería agradable que suprimiese á Will Fern.

—¡Sumamente agradable!—replicó Milady Bowley.—¡Es el peor individuo de su clase! ¿Ha cometido algún robo, sin duda?

—No—dijo Sir José consultando la carta.—Un robo, no; algo semejante á esto; pero no un robo. Parece que ha venido á Londres en busca de colocación (para mejorar su suerte; ya recordaréis su eterno estribillo). Halláronle por la noche durmiendo bajo un cobertizo y lo detuvieron, conduciéndole á la mañana siguiente ante el Alderman. El Alderman observa (muy correctamente) que está resuelto á suprimir este género de abusos, y que si me es agradable que los Ferns sean suprimidos, tendrá la satisfacción de empezar por él.

—¡Qué se haga un escarmiento, sea como fuere!—replicó la dama.—El último invierno, intenté introducir entre los hombres y los chicos de la aldea, como medio de emplear agradablemente las veladas, la costumbre de marcar festones y hacer ojetes, cantando durante el

trabajo estos versos puestos en música, según el nuevo sistema:

Amemos sin tregua
nuestra profesión.
Al Lord y á los suyos
nuestra bendición;
Vivamos contentos
con nuestra ración;
fuera grande pretensión
el cambiar de posición.

Entonces Fern, parece que lo estoy viendo, llevó la mano al sombrero, y osó decirme:—Os pido perdón humildemente, Milady; pero ¿me creéis acaso una muchacha?—No me sorprendió después de todo; ¿podía esperarse otra cosa de la ingratitud y de la insolencia de esta clase de gentes? Pero dejemos esto. ¡Que se le escarmiente, Sir José!

—¡Hem!—tosió Sir José.—Mister Fish, si quisiérais tener la bondad de...

Mister Fish tomó inmediatamente la pluma, y escribió al dictado de Sir José:

«Particular. Muy estimado señor mfo. Os quedo sumamente reconocido por vuestra cortesía en el asunto de ese Will Fern, del cual siento tener que agregar que no puedo daros ningún informe favorable. Siempre me he conducido con él como un amigo y un padre, pero me lo ha pagado (desgraciadamente esto es

lo corriente), con harta ingratitud y con una constante oposición á mis planes. Es un espíritu turbulento y rebelde, Tiene un carácter incomprensible. No hay manera de persuadirle á que viva tranquilo, aunque le pongáis la felicidad en la mano. Por tales circunstancias me parece que, cuando se presente de nuevo ante vos, como me decís que ha prometido hacerlo mañana para enterarse del resultado de vuestras investigaciones (y en este punto creo que mantendrá su palabra), prestaréis un servicio á la sociedad haciéndole encarcelar por algún tiempo como vagabundo. Este escarmiento será muy saludable en un país donde se observa tanta necesidad de ellos, lo mismo en interés de los que nos vanagloriamos con ser amigos y padres del pobre, que en el de esta clase misma, por regla general, algo extraviada. Con este motivo me repito etc., etc.»

—Realmente, esto parece—hizo notar Sir José, después de firmar la carta y mientras Mister Fish la cerraba—una cosa providencial. Al expirar el año, saldo mis cuentas y cierro mi balance hasta con ese William Fern.

Trotty, que hacía largo rato había

vuelto á caer en el mayor desaliento, avanzó con cara contristada para recoger la carta.

—Con todos mis saludos; y muchas gracias—dijo Sir José.—¡Esperad!

—¡Esperad—repitió Mister Fish.

—Tal vez os habréis hecho cargo—dijo Sir José, con el tono de un oráculo—de ciertas observaciones que he formulado respecto á la solemne época del año en que nos encontramos, y la obligación que tenemos de poner nuestros asuntos en regla y estar preparados á las contingencias. Habréis observado que estoy harto lejos de prevalerme del rango superior que ocupó en la sociedad, pero Mister Fish, tiene cerca de sí un libro de encargos y no está aquí más que para ayudarme á liquidar el año corriente y á empezar el año nuevo con las cuentas perfectamente saldadas. Ahora, amigo mío, decidme, puesta la mano en el pecho, si estáis también preparado para el año nuevo.

—Señor—balbució Trotty mirándole humildemente,—temo... que... estoy... un poco... atrasado con las gentes.

—¿Atrasado con las gentes?—repitió Sir José Bowley, articulando cada sílaba con una expresión terrible.

—Sospecho, señor—balbuceó Trotty, —que debo diez ó doce chelines á Mistress Chickenstalker.

—¿A Mistress Chickenstalker?—repitió Sir José en el mismo tono.

—Es una tienda, señor—exclamó Toby en la que venden un poco de todo. También debo... algo del alquiler; poca cosa, señor... Ya sé que esto no es decente; ¡pero las cosas andan tan mal!

Sir José miró á su esposa, luego á Mister Fish, luego á Trotty, uno después de otro, y por dos veces consecutivas. Juntando entonces sus manos con ademán desesperado, como si diese por enteramente perdidas sus esperanzas:

—¿Cómo un hombre—exclamó—aún en esa raza tan imprevisora é incorregible; un hombre de edad avanzada, un hombre lleno de canas, puede arrostrar el año nuevo teniendo sus asuntos en situación tan deplorable? ¿Cómo puede acostarse por la noche y levantarse por la mañana? ¿Cómo? ¡Vamos!—dijo volviendo la espalda á Trotty.—¡Tomad la carta, tomad la carta!

—Con toda el alma quisiera hallarme en otra situación—dijo Trotty, ansioso de excusarse.—Pero ¡cómo ha de ser, si las cosas no van á derechas!

Sir José seguía repitiendo:—¡Tomad la carta, tomad la carta!—Y Mister Fish no solo decía lo mismo, sino que daba más fuerza á esta invitación señalando la puerta al mandadero. Trotty no tenía más recurso que hacer su reverencia y salir de la casa. Ya en la calle, el pobre hombre calóse el mugriento sombrero hasta los ojos para ocultar el pesar que le infundía ver que no hallaba medio para meter mano en el año nuevo á fin de tomar su parte.

No se levantó el sombrero ni para mirar á lo alto del campanario al pasar delante de la vieja iglesia. No obstante, por la fuerza de la costumbre, detúvose un momento, y vió que se hacía tarde, y que el campanario ya no elevaba encima de su cabeza más que una forma vaga y vaporosa en medio de la atmósfera nocturna. Vió también que las campanas estaban á punto de voltear, pues era la hora en que sus sonos armoniosos hablaban á su imaginación como voces bajadas de las nubes. Pero en seguida tomó el trote largo para ir á entregar la carta al Alderman, alejándose á toda prisa antes que empezasen su canto las campanas, pues

temía oírles repetir:—¡Amigos y padres, amigos y padres!—en el tono mismo en que le habían hablado á su partida.

Toby, pues, apresuróse á cumplir su encargo, y emprendió de nuevo el trote para irse á su casa. Pero fuese á causa de este paso, el menos á propósito para ir por la calle; fuese por culpa del sombrero calado, que no contribuía nada á hacerle más seguro, lo cierto es que á lo mejor tropezó con un transeunte, cuyo choque le despidió tambaleando en medio del arroyo.

—¡Perdonad!—dijo Trotty quitándose el sombrero con extremada confusión, sin que lograra por eso descubrirse, pues le quedó la copa clavada en la cabeza, y las alas en la mano.—¡Espero que no os habré hecho daño!

Toby no era ningún Sansón para hacer daño á nadie; era más fácil que se lo hiciera él mismo, pues acababa de botar sobre el arroyo como una pelota. No obstante, tal era la buena opinión que tenía de su fuerza, que experimentaba una verdadera inquietud por el estado de la persona á quien había embestido; así es que repitió:

—¡Espero que no os he hecho daño!
El hombre contra el cual había ido

á dar de cabeza, especie de campesino de tez curtida, miembros nerviosos, cabellos grises y barba inculta, lo contempló de hito en hito un momento, como si sospechase que le jugaba una broma. Pero muy pronto, convencido de su buena fe, contestó:

—No, amigo. No me habéis hecho el menor daño.

—¿Ni á la criatura?—añadió Trotty.

—Ni á la criatura—contestó el hombre.—Muchas gracias por el cuidado.

Diciendo esto, echó una mirada á la chiquilla que tenía dormida en brazos, y cubriéndole la cara con un extremo del pobre pañuelo que llevaba alrededor del cuello, siguió lentamente su camino.

El tono en que había dicho: «Muchas gracias por el cuidado» penetró hasta el fondo del corazón de Trotty. Aquel hombre estaba tan fatigado, tenía los pies tan hinchados por la marcha, iba tan lleno de polvo, y miraba á su alrededor con un aire tan doloroso y extraño, que de seguro había experimentado un consuelo dando gracias á alguien, aunque fuese por tan poca cosa. Toby se detuvo y le siguió con los ojos, mientras se iba alejando con paso pesado é incier-

to, con el brazo de la criatura rodeándole el cuello.

Contemplando á aquel hombre con sus zapatos estropeados, que no eran ya más que una sombra de su antigua apariencia, sus polainas groseras, su blusa de tela común, y su sombrero mugriento y abollado, Trotty olvidó cuanto pasaba á su alrededor. Sólo le veía á él. ¡Ah! y á la criatura que le rodeaba el cuello con el brazo.

Antes de perderse en la obscuridad, el caminante se detuvo, mirando vagamente á su alrededor; y distinguiendo á Trotty que permanecía inmóvil en el mismo lugar, pareció dudar si seguía adelante ó volvía sobre sus pasos. Después de un instante de indecisión, tomó al fin el último partido; Trotty, por su parte, hizo la mitad del camino para ir á su encuentro.

—Acaso podríais indicarme...—dijo el hombre con débil sonrisa—y si podéis estoy seguro que querréis, por lo que prefiero pedirlos á vos y no á otro, acaso podríais indicarme dónde vive el Alderman Cute.

—Muy cerca de aquí—respondió Toby.

—Con mucho gusto os mostraré su casa.

—Tenía que ir á encontrarle mañana

en otro sitio—añadió el hombre siguiendo á Toby—pero no gusto de que me crean sospechoso; necesito justificarme á fin de poder ir libremente á ganarme la vida... no sé dónde. Por ello quizá me perdonará que me presente en su casa esta noche.

—Es imposible—exclamó Toby estreñeciéndose.—¿Os llamáis acaso Fern?

—¡Eh!—exclamó el otro, volviéndose estupefacto.

—¿Fern? ¿Will Fern?—dijo Trotty.

—Este es mi nombre—replicó el otro.

—Entonces—exclamó Trotty cogiéndole del brazo y mirando á su alrededor—en nombre del cielo; ¡no vayáis á su casa! Podéis estar tan seguro de que os suprimirá, como de que existís. Por aquí; seguidme; entremos en ese callejón y os lo explicaré todo. Pero, ¡por Dios! ¡No vayáis á su casa!

Su reciente amigo le contemplaba como un loco, pero no obstante le siguió. Cuando estuvieron al abrigo de los curiosos, Trotty le explicó lo que sabía, el concepto que habían formado de él, y todo lo demás.

El héroe de su historia oyóle con una calma que le sorprendió, sin contradecirle ni interrumpirle una sola vez. Solo

movía la cabeza de cuando en cuando, más bien al parecer para corroborar una vieja y olvidada leyenda que para refutarla; y una ó dos veces se echó el sombrero hacia atrás y pasó la callosa mano por la frente, en la que profundas arrugas parecían reproducir en miniatura los surcos que había abierto en el suelo con el arado. Y nada más.

—Al fin y al cabo es verdad—concluyó por decir.—Algo duro de pelar he sido más de una vez, pero á lo hecho pecho. ¡Qué diablos! Si he desbaratado sus planes, en el pecado llevo la penitencia. Y es imposible resistir; mañana que hubiera nueva ocasión volvería á hacer lo mismo. En cuanto á mi conducta, reto á todos estos buenos señores á que hagan todas las investigaciones que quieran; á que indaguen, escudriñen, y encuentren en ella una sola mancha. ¡Ah! Solo deseo para ellos que no pierdan su buen nombre tan fácilmente como nosotros, ó les respondo de que su vida será tan dura que no valdrá la pena de ser echada de menos. En cuanto á mí, amigo, esta mano—y la extendió toda abierta—jamás ha tomado nada que no me perteneciera; jamás ha retrocedido ante el trabajo, por pesado y mal retribuído que

fuera. Pero cuando el trabajo no me basta para mantenerme como corresponde á un ser humano; cuando mi alimentación es tan mala, tan escasa, que me muero de hambre y no hallo medio para extinguirla dentro ni fuera; cuando contemplo toda una vida de trabajo empezando así, continuando así y concluyendo así, sin esperanza de cambio ó mejora, entonces digo á estos buenos señores: ¡Lejos de aquí! ¡Dejad en paz mi chozal! Su puerta es demasiado sombría y no necesito que vengáis á oscurecerla más con vuestra sombra. No contéis conmigo para ir á vuestro parque á figurar en la comparsa el día del aniversario de vuestro nacimiento, para ir á escuchar vuestros bellos discursos, y otras camándulas. Prescindid de mí en vuestras comedias y en vuestros juegos; divertíos, gozad cuanto queráis. Entre nosotros no hay nada común. ¡Prefiero que me dejéis solo!

En esto, viendo que la muchacha que llevaba en brazos había abierto los ojos, y miraba á su alrededor con extrañeza, se interrumpió para decirle al oído una ó dos palabras infantiles y dejarla en el suelo de pie á su lado. Después, arrojando con su dedo grosero uno de los

largos bucles de la niña, como un anillo, mientras ella se apoyaba en su pierna llena de polvo, dijo á Trotty:

—Me parece que no soy ningún erizo por naturaleza; al contrario, soy harto fácil de contentar. No me inspira odio ninguno de estos señores. Solo pido que me dejen vivir como una criatura de Dios. Esto es lo que no puedo alcanzar y esto es lo que abre un abismo entre ellos y yo. Y son muchísimos los que se encuentran en el mismo caso: los contaríais por centenares y por millares.

Trotty sabía que en esto tenía razón, por lo cual sacudió la cabeza en señal de asentimiento.

—Por este camino me he creado un mal nombre—prosiguió Fern—y temo que ya sea muy difícil adquirir uno mejor. No hay derecho á estar descontento, y yo lo estoy, aunque bien sabe Dios que preferiría estar de buen humor si pudiese. En realidad, no sé con qué razón este Alderman podrá hacerme meter en la cárcel; y estoy seguro de que lo hará, pues no tengo ningún amigo que pronuncie una palabra en mi favor; ¡y ya veis!...—continuó señalando á la muchacha con el dedo.

—Tiene una hermosa carita—dijo Trotty.

—¡Oh, sí!—replicó el otro en voz baja, á la vez que tomaba dulcemente entre sus manos la cabeza de la niña para volverla de su lado, y contemplándola fijamente.—Eso me he dicho mil veces. Me lo he dicho al ver mi hogar frío y mi despensa vacía. Me lo dije también ayer noche cuando nos detuvieron como á dos ladrones. ¡Pero que no vengan á atormentar muy á menudo esta carita! ¿verdad Lily? ¡Ya basta con atormentar á un hombre!

Dijo esto bajando tanto la voz, y al mismo tiempo la contempló con tan serio y extraño talante, que Toby, para desviar el curso de sus pensamientos, le preguntó que si aún vivía su esposa.

—Nunca he tenido esposa—contestó sacudiendo la cabeza.—Es hija de mi hermana, y es huérfana. Tiene nueve años, aunque nadie lo diría; ¡está ahora tan cansada y agotada! Ya sé que la hubieran recogido en el asilo emplazado á veintiocho millas del lugar donde vivimos; allí, entre cuatro paredes, habfan recogido ya antes á mi anciano padre cuando quedó inútil para el trabajo, y no les causó estorbo mucho

tiempo; pero preferí llevarla conmigo, y desde entonces no se ha movido de mi lado. Su madre tuvo en otro tiempo una amiga íntima en Londres, y aquí hemos venido para ver si la encontramos; y al mismo tiempo para buscar trabajo para mí. Pero ¡qué ciudad tan grande! No importa; cuanto mayor, más espacio tendremos para pasear, ¿verdad, Lily?

Sus ojos se encontraron con los de la niña; y á la mirada la acompañaba una sonrisa que conmovió á Toby más que si de ellos hubiesen brotado lágrimas. Luego, estrechando la mano de Toby, le dijo:

—Ni siquiera sé vuestro nombre; no obstante, os he abierto tan francamente el corazón porque os estoy reconocido, y con harto motivo. Voy á seguir vuestro consejo, poniéndome lejos del alcance de este...

—Juez de paz—sugirióle Toby.

—¡Bueno! Juez de paz, si este es el título que le dan. Mañana intentaré mejor fortuna por los alrededores de Londres. ¡Buenas noches! ¡Feliz año nuevo!

—¡Alto!—exclamó Trotty, cogiéndole la mano cuando él la abrió para tomar la suya.—¡Detenéos! El año nuevo no me

parecería venturoso si nos separásemos de esta manera. El año nuevo no me parecería venturoso si os viese partir así con vuestra niña, vagando sin saber dónde, y sin un mal abrigo para vuestras cabezas. ¡Venid á casa conmigo! ¡Por aquí! ¡Yo llevaré la pequeñuelal—exclamó Trotty, tomándola en brazos.—¡Qué bonital Aunque pesara veinte veces más, no me cansaría. Decidme si ando demasiado aprisa; estoy acostumbrado á no andar más despacio.—Y esto añadiendo, Trotty daba seis pasos por cada uno de los de su cansado compañero, y sus débiles piernas temblaban bajo el peso de la criatura.

—Es ligera como una pluma—proseguía Trotty, cuyas palabras trotaban lo mismo que sus pies; no quería hacer la menor pausa, á fin de no dejarle el menor espacio que le permitiera darle las gracias.—Más ligera que una pluma de pavo; mucho más ligera. Ya estamos cerca; en un instante llegaremos. A la primera vuelta á mano derecha, tío Will, junto á la fuente, frente á la taberna. Enfilad el pasaje, á la izquierda. ¡Bueno! ¡Ahora vamos á llegar! Atravesad la calle, tío Will, y fijaos en el

vendedor de empanadas de la esquina. Ya llegamos. Seguid á lo largo de las cuadras, tío Will, por este lado, y deteneos ante la puerta negra, donde está escrito en una plancha: «T. Veck, mandadero». ¡Ya hemos llegado! ¡Qué sorpresa vamos á darte, mi querida Meg!

Al decir estas palabras Trotty, jadeante, dejó á la niña en el suelo delante de su hija, en medio de la habitación. La pequeña Lily miró á Meg, y al punto leyó en su semblante que podía entregarse á ella con completa confianza; y se arrojó á sus brazos.

—¡Ya hemos llegado!—exclamó Trotty, recorriendo todos los rincones del cuarto, y resoplando ruidosamente.—¡Por aquí, tío Will! ¡aquí está la chimenea! ¿Por qué no os acercáis al fuego? ¡Ah! ¡eso es! Meg, hija mía, ¿dónde está la marmita? ¡Va á hervir en un instantel

En medio de estas idas y venidas, Trotty había hallado la marmita en un rincón, y la puso al fuego, mientras Meg, haciendo sentar la niña junto á la chimenea, y poniéndose de rodillas ante ella, le quitó los zapatos y le secó con

un lienzo los pies húmedos. Al mismo tiempo dirigía á Trotty miradas tan tiernas y tan gozosas, que le daban ganas á Trotty de bendecirla mientras estaba arrodillada, pues al entrar la había visto llorosa junto al fuego.

—¡Pero padre!—dijo Meg.—No parece sino que habéis perdido la cabeza esta noche. ¿Qué van á decir luego las campanas?... ¡Pobres piececitos! ¡Qué fríos están!

—¡Oh, ya están calientes ahora—exclamó la muchacha;—están muy calientes!

—No, no, no—dijo Meg.—No los hemos frotado aún ni la mitad de lo que conviene. ¡Aún nos queda mucho que hacer! ¡Y cuando estarán bien calientes, secaremos estos cabellos que también están húmedos; en seguida, devolveremos el calor á este pobre semblante pálido con un poco de agua fresca, y después de todo eso nos sentiremos muy alegres, muy contentos y muy dichosos!

La muchacha, prorrumpiendo en sollozos, le pasó el brazo alrededor del cuello y acarició su hermosa mejilla con la mano, diciéndole:—¡Oh Meg! ¡Oh, querida Meg!

La bendición de Toby no hubiera valido más. Esta, era la mejor.

—¿Qué es esto, padre?—exclamó Meg después de una pausa.

—¡Aquí estoy, aquí estoy, hija mía!—dijo Trotty.

—¡Dios mío!—exclamó Meg.—Parece que ha perdido la cabeza. ¿Pues no ha puesto el sombrero de la niña sobre la marmita, y ha colgado la cobertera detrás de la puerta?

—Fué por descuido, amor mío—dijo Trotty, apresurándose á reparar la equivocación.—¡Meg, querida Meg!

Meg levantó los ojos hacia él, y vió que, después de muchos esfuerzos, se había escurrido detrás de la silla de su huésped, y desde allí, con mil gestos misteriosos, le mostraba por encima de la cabeza de Fern, los seis peniques que acababa de ganar.

—Querida hija—dijo por fin—al subir la escalera he visto en alguna parte media onza de té, y casi tengo la seguridad de que también habrá una lonja de tocino. Como no recuerdo exactamente donde estaba, voy á buscarlo yo mismo.

Gracias á este inexcrutable subterfugio, Toby salió para ir á comprar, dinero en mano, los citados comestibles en casa de Mistress Chickenstalker; y cuan-

do volvió, explicó su tardanza diciendo que no había encontrado aquello de golpe y porrazo, á causa de la obscuridad.

—Mas, por fin, aquí los tenéis; no falta nada. Segurísimo estaba de que había té y una lonja de tocino. No me equivoqué. Meg, hija mía, si quieres encargarte del té, mientras tu indigno padre asará el tocino, despacharemos en un momento nuestro cometido. ¡Qué cosa tan rara!—prosiguió Trotty, mientras asaba el tocino con el auxilio de unas parrillas—ya todos mis amigos lo saben; ni el tocino ni el té me gustan. Compláceme sobremanera regalar con ello á los demás—añadió esforzando la voz, con objeto de convencer con más eficacia á su huésped,—pero en cuanto á mí, como alimentos, me son particularmente desagradables.

Pero Trotty aspiraba con delicia el olor del tocino... ¡ohl... como si le gustase mucho; y cuando vertió el agua hirviente en la tetera, miró amorosamente sus profundidades, y dejó que el perfumado vapor acariciase su nariz y envolvese su cabeza como una nube. A pesar de todo, no quiso beber ni comer, salvo una nonada al principio

por mero cumplido; y pareció saborearla con placer infinito, aunque declarando que no la hacía ningún caso.

No; la ocupación de Trotty y asimismo la de Meg, fué ver como Will Fern y Lily comían y bebían. Nunca los espectadores de un banquete oficial del lord alcalde ó de la corte experimentaron un placer tan vivo viendo comer á sus comensales, aunque se tratase de papas y emperadores, como el que experimentaban esta noche las dos almas sencillas. Meg sonreía á Trotty, Trotty reía, en correspondencia á Meg. Meg sacudía la cabeza haciendo señal de aplaudir á Trotty; Trotty intentaba hacer comprender á Meg, por medio de una muda pantomima, de qué suerte y en qué ocasión había encontrado á sus huéspedes; y uno y otro eran entonces felices, verdaderamente felices.

—Sin embargo—pensaba Trotty con pesar, examinando la cara de Meg,—el casamiento está roto, ¡no cabe duda!

—Ahora—dijo después del té,—voy á enteraros de un detalle. La pequeña dormirá con Meg.

—¡Con la buena Meg!—exclamó la muchacha, colmándola de caricias— ¡con Meg!

—Muy bien—dijo Trotty.—Y no me asombraría nada que quisiera besar también al padre de Meg ¿no es verdad? Yo soy el padre de Meg.

Grande fué la satisfacción de Trotty cuando la encantadora criatura avanzó tímidamente hacia él, y después de haberle besado, corrió de nuevo á los brazos de Meg.

—Es tan sabia como Salomón—dijo Trotty.—Ya hemos llegado... ya... no... no... No es esto lo que quería decir... ¿Qué iba á decir, hija mía?

Meg contemplaba á su huésped, quien reclinado en la silla en que ella se sentara antes, y con la cabeza vuelta al otro lado, acariciaba la cabecita de la niña, medio escondida entre sus rodillas.

—Resueltamente—dijo Trotty,—resueltamente, esta noche no sé lo que me pesco. Creo que pierdo la cabeza. Will Fern, venid conmigo. Estáis muerto de fatiga y os caéis de sueño. Venid conmigo.

El forastero, siempre apoyándose en la silla de Meg, vuelta siempre la cabeza al lado opuesto, continuaba jugando con los bucles de la criatura. No decía una palabra; pero en la agitación convulsiva con que sus dedos rudos y

groseros se abrían y se cerraban entre los hermosos cabellos de la muchacha había más elocuencia que en todos los discursos.

—Sí, si—dijo Trotty respondiendo inconscientemente á los sentimientos que retrataba la expresión del rostro de Meg.—Llévala contigo y acuéstala. Y ahora, Will, voy á indicaros donde dormiréis. No es un magnífico aposento: es un granero, pero es lo que yo estoy diciendo todos los días, esta es la mayor ventaja de vivir en una cuadra: á lo menos se tiene un granero. Y mientras esta cochería y establo no se alquilen á más alto precio, aquí viviremos. Allí arriba hay heno en abundancia que pertenece á un vecino; es limpio como... y además, las manos de Meg han pasado por allí; no hay más que decir. ¡Vamos, buen ánimo! No os descorazonéis. Año nuevo, vida nueva.

La mano de Will se desprendió de los cabellos de la muchacha y cayó temblando en la de Trotty, y éste, sin dejar de hablar, le condujo á su albergue con tanta ternura y tanta dulzura como si fuese otro infante.

Vuelto hacia Meg, escuchó un instante

á la puerta de su cuartito que daba á la pieza principal. La chiquilla estaba murmurando una plegaria, sencilla como su edad, antes de dormirse; y cuando hubo pronunciado el nombre de su querida, su queridísima Meg (así decía) Trotty oyó que se detenía para preguntar su nombre y mezclarlo también con su plegaria.

Pasaron algunos instantes antes que el pobre hombre recobrase la sangre fría necesaria para atizar el fuego y aproximar la silla á la chimenea. Pero cuando lo hubo hecho, cuando hubo reanimado la lámpara, sacó el diario del bolsillo y se puso á leer, al principio distraidamente, saltando de una columna á otra, pero luego con atención profunda y sombría.

Este malhadado diario conducía de nuevo sus ideas por el camino que habían seguido todo el día, y que, los acontecimientos de que fué testigo, con tal poder hicieron resaltar y poner de relieve. Su simpatía por los forasteros acababa felizmente de engendrar en él otro orden de ideas, momentáneamente más risueñas; pero ahora que de nuevo se hallaba solo, y bajo la impresión de la lectura de relatos de violencias y crí-

menes del pueblo, no tardó en recaer en sus primeras preocupaciones.

En tal disposición se hallaba, cuando dió justamente con el relato (y no era el primero de este género que leía) de la horrible acción cometida por una mujer, la cual, ofuscada por la desesperación, había atentado no solo contra su propia vida, más también contra la de su hijo. Un crimen tan atroz sublevó de tal manera todos los sentimientos de su corazón henchido de amor para Meg, que dejó caer el diario y cayó anonadado sobre el respaldo de la silla.

—¡Madre desnaturalizada y cruel!— exclamó Toby.—¡Madre desnaturalizada y cruel! Es preciso no tener corazón, para dejarse llevar á la comisión de semejantes actos. Todo lo que he oído durante el día de hoy es demasiado cierto, demasiado justo, demasiado comprobado. Sí; somos malos.

Las campanas respondieron á estas palabras tan repentinamente, prorrumpiendo en acentos tan fuertes, tan claros, tan sonoros, que su voz ensordecedora pareció clavarle en la silla.

¿Y qué decían?

—¡Toby Veck, Toby Veck, te esperamos, Toby! ¡Toby Veck, Toby Veck, te

esperamos, Toby! ¡Ven á vernos, ven á vernos! ¡Traédnoslo, traédnoslo! ¡Cogedle, cogedle! ¡Corred tras él! ¡Despertadle, despertadle! ¡Toby Veck, Toby Veck, la puerta está abierta, Toby! ¡Toby Veck, Toby Veck, la puerta está abierta, Toby!—Era un repiqueteo intenso, impetuoso, que hacía estremecer hasta la cal y los ladrillos de las paredes.

Toby escuchaba absorto. ¡Fantasía, fantasía! ¡Puro efecto de sus remordimientos por haber huído de ellas aquella tarde! No, no, nada de esto. Oídlas repitiendo otra y otra vez y una docena más de veces: «Toby Veck, corre, ven, corre, ven» hasta ensordecer toda la ciudad.

—Meg—dijo dulcemente Trotty llamando á la puerta.—¿Oyes algo?

—Oigo las campanas, padre, que esta noche doblan con mucha fuerza.

—¿Duerme la niña?—repuso Toby como buscando una excusa para atisbar en el cuarto de su hija.

—¡Oh! Sí, y muy apaciblemente. Y aun no he podido soltarla, padre. Ved como conserva mi mano entre las suyas.

—Meg—dijo Toby muy bajo.—¡Escucha las campanas!

Meg prestó oído, clavando la vista en su padre, pero no manifestó la más leve alteración. Las campanas no le decían nada.

Trotty se retiró, volvió á sentarse cerca del fuego, y se puso de nuevo á escuchar solo. Así permaneció algún tiempo.

Era imposible substraerse á aquellos acentos, que le llamaban con energía aterradora.

—Si la puerta de la torre está realmente abierta—se dijo Toby quitándose el delantal apresuradamente, pero olvidando el sombrero—¿quién me impide subir al campanario y comprobar por mí mismo lo que haya de cierto en eso? En cambio, si la puerta está cerrada, mejor que mejor; no deberé comprobar otros extremos.

Y al deslizarse sin ruido por la calle, casi estaba seguro de encontrar la puerta cerrada, pues, conociéndola perfectamente por haber estado tanto tiempo junto á ella, sólo la había visto abierta dos ó tres veces á lo más en su vida. Era una pequeña puerta cintrada, que daba al exterior de la iglesia, en un ángulo obscuro, detrás de un pilar, con unos goznes de hierro tan enormes, y una ce-

rradura tan monstruosa que había más gozne y cerradura que puerta.

¡Pero cuán fué su asombro cuando, al avanzar con la cabeza desnuda hacia la iglesia—con la mano extendida hacia el ángulo obscuro, no sin el presentimiento de que otra mano se la cogiera de improviso, y tentado de retirarla, pues se estremecía de miedo,—encontró la puerta abierta de par en par!

En el primer momento de sorpresa, estuvo á pique de volver sobre sus pasos. ó de ir á buscar luz, ó de hacerse acompañar por alguien; pero inmediatamente reanimó su valor, y determinó subir solo.

—¿Qué debo temer?—decía Trotty.— ¡Se trata de una iglesia! Por otra parte, los campaneros estarán allí, sin duda, y se habrán olvidado de cerrar la puerta.

Entró pues tanteando como un ciego para encontrar el camino, que estaba obscurísimo. Las campanas permanecían calladas y el campanario tranquilo.

El polvo de la calle, agitado por el viento que serpenteaba en el recodo, se había acumulado allí formando como una alfombra de terciopelo que daba á los piés una sensación singular y pa-

vorosa. La angosta escalera empezaba tan cerca de la puerta, que Toby tropezó en el primer peldaño, y dando con el pie en la puerta, sin querer, la cerró tras de sí de golpe; quiso volver á abrirla, pero le fué absolutamente imposible.

Razón de más para seguir adelante. Trotty buscó su camino á tientas, y continuó avanzando siempre, dando vueltas en espiral, arriba, arriba, arriba; siempre más arriba.

La escalera no era del todo cómoda para esta clase de ascensión en medio de las tinieblas; tan baja era, tan estrecha, que la mano de Toby, tanteando las paredes, encontraba sin cesar algo imprevisto; á veces creía distinguir una forma humana ó un fantasma erguido ante él ó que se hacía á un lado para dejarle pasar, sin ser visto; entonces pasaba la mano por la superficie lisa de la pared, buscando arriba el rostro ó abajo los pies de la aparición, mientras un estremecimiento de pavor recorría todos sus miembros. Dos ó tres veces, una puerta ó un ruido interrumpían la monótona superficie, y la abertura le parecía tan vasta como la nave de una iglesia. Creíase al borde de un abismo,

donde iba á caer de cabeza, hasta que su mano volvía á encontrar la pared.

Y siempre subiendo; arriba, arriba, arriba; siempre más arriba.

Al fin la atmósfera pesada y bochornosa empezó á refrescar; luego sopló un airecillo suave, que á poco se convirtió en un viento tan violento que el pobre hombre podía apenas tenerse sobre sus piernas. Pero al alcanzar una de las ventanas ojivales de la torre, á la altura del pecho, agarróse á ella con todas sus fuerzas, y se puso á contemplar desde aquella altura los tejados de las casas, las humeantes chimeneas, las teorías borrosas de las luces (siempre en dirección al lugar en que Meg estaba inquieta de saber qué habría sido de él y llamándole acaso), todo esto mezclado y confuso en medio de la niebla y de la obscuridad.

Estaba en el departamento de los campaneros. Toby cogió el cabo de una cuerda que pendía á través de los agujeros del techo de roble. De pronto, se sobrecogió, creyendo tener en las manos un puñado de cabellos; luego, tembló de miedo ante la idea de despertar la campana mayor. Las campanas se hallaban más arriba. Toby, cediendo

á la influencia de la fascinación, ó atraído por un deleite inexplicable, continuó subiendo; mas ya ahora trepaba por una escalera excesivamente penosa y cubierta, y cuyos peldaños no ofrecían apoyo seguro á los pies.

Arriba, arriba, arriba, y venga trepar y encaramarse arriba, y siempre más arriba.

Hasta que, llegando á alcanzar el techo, apenas hubo pasado la cabeza entre las vigas, se encontró rodeado de campanas. Casi era imposible distinguir sus formas gigantescas en la obscuridad, pero no había duda que estaban allí, oscuras, tristes y silenciosas.

Una abrumadora sensación de pavora y de aislamiento se apoderó instantáneamente de él, en cuanto llegó á este nido aéreo de piedra y de metal. La cabeza le daba vueltas. Paróse, tendió el oído, y dió un grito salvaje.

—¡Ola!

—¡Ola!—repitieron lúgubrementes los ecos.

Aturdido, confuso, sin aliento y horrorizado, Toby paseó á su alrededor los ojos extraviados, y cayó desvanecido.



CAPÍTULO III

TERCER CUARTO



la manera con que el mar, turbio todavía por obra de la furiosa tempestad, vuelta la calma, escupe los cadáveres que cayeron en la profundidad de sus aguas revueltas, el pensamiento, después de su letargo, nos ofrece el confuso cuadro de los espectros. Mónstruos informes y extravagantes, surgen en prematura, imperfecta resurrección; fragmentos mutilados de formas incoherentes se juntan y mezclan al azar. ¿Cuándo, cómo y por qué gradaciones misteriosas se separan en seguida el uno del otro? ¿Cómo cada sensación, cada pensamiento, recobrando su forma regular, vuelve á vivir su